PEÑA L´ALBARZA

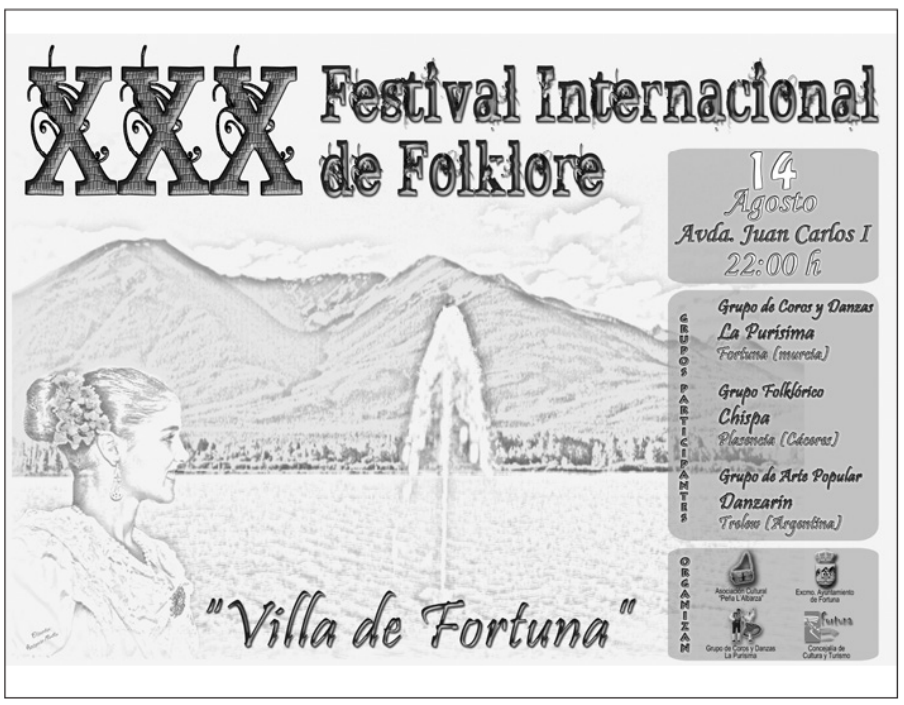
Número Dos *La Voz de Fortuna* **Diciembre de 2013**

30 aniversario de la Peña L´Albarza

En primer lugar daros un saludo en nombre de la asociación cultural Peña L'Albarza y en segundo lugar aprovechamos la oportunidad que nos brinda la Voz de Fortuna un año más, para acercar al pueblo y darle a conocer, la labor que realizamos desde nuestra asociación y las actividades que llevamos a cabo. Centrándonos sobre todo en las realizadas en este año 2013.

Como actividades principales y arraigadas en nuestro programa anual destacan:

* La participación en la festividad de San Isidro cantando una misa huertana en su honor y a continuación con la actuación del grupo de baile infantil durante el recorrido de la procesión.
* La muestra infantil de folklore celebrada en el centro social Reina Sofía, con la participación de dos grupos invitados el "Virgen de la Salud" de Archena y el "Villa de Alhama" de Alhama de Murcia.
* Festival internacional de folklore "Villa de Fortuna" celebrado todos los años el 14 de agosto, que en este año cumplía su XXX edición. Los grupos invitados a participar fueron el grupo nacional "Chispa" de Plasencia (Extremadura) y el grupo internacional "Danzarín" de Trelew (Argentina). A colación del 30 aniversario aprovechamos para homenajear a Vicente Ramón García, Paco Miralles Miralles, Manolo Ramírez Alacid (Manolete) y Juan Yuste Esteve (el Tío Pelayo de las cañas) por su labor desde dentro de nuestra asociación para la recuperación y conservación de costumbres, danzas y folklore fortunero. También incluimos dentro de este festival la proyección de videos que recogían nuestra trayectoria y distintas actividades y actuaciones que realizamos desde nuestros inicios en el año 1984. Además este año hemos recuperado y bailado en esta XXX edición una pieza de baile que había quedado en el olvido. Agradecemos desde aquí la ayuda que tenemos del ayuntamiento y de la concejalía de cultura para la realización de este festival, que en esta edición además de la ayuda habitual nos cedieron la contraportada del libro de las fiestas para publicar nuestro cartel del festival, realizado por Antonio Rubio Belda miembro de la asociación cultural Peña L' Albarza.



También queremos agradecer en especial a Miguel Romero, concejal de cultura, que se implicó en este evento haciéndose cargo de la presentación del mismo.

* La celebración del día de la Purísima en la que el grupo de coros y danzas La Purísima le canta la misa huertana en su honor ya que es su patrona y patrona del pueblo, le hace las ofrendas encabezada por su madrina y presidente y le baila en su posterior procesión. Acabada la procesión se da un vino de honor.

Otras actividades que hemos realizado durante el año:

En octubre a petición del cuerpo de la Guardia Civil la Peña L'Albarza canta una misa huertana en honor a la Virgen del Pilar, cantamos misas huertanas en bodas y realizamos un viaje de intercambio de folklore, el cual este año fue a Plasencia (Extremadura).

En navidades realizamos una comida navideña donde todos los socios comemos en la sede y por la tarde hacemos un pasacalles cantando aguinaldos y villancicos.

También organizamos un viaje de navidad para visitar pueblos y ciudades de nuestro alrededor, en la que vemos monumentos, belenes, etc. En las navidades 2011 fuimos a Orihuela.

Además participamos en la inauguración del belén municipal junto a otras asociaciones del municipio.

Para estas navidades tenemos previsto realizar la inauguración del belén el sábado 21 de diciembre a las 20:00h y el pasacalles de villancicos que tendrá lugar el jueves 26 de diciembre a las 18:00h.

Respecto a la programación para el año que viene, tenemos previsto además de las actividades habituales la recuperación de otras como Carnaval, la Ronda de San José, la realización de exposiciones, etc.

Por último deciros que la escuela de baile y música de la Peña L' Albarza está en funcionamiento y que aun podéis apuntaros los viernes de 16:00h a 22:00h.

Os animo y os espero para que el folklore y sus raíces sigan creciendo entre nuestras generaciones.

Un abrazo.

FELIZ NAVIDAD
Y PRÓSPERO AÑO NUEVO

San Isidro 2013

Actuación en la puerta de la iglesia en honor a San Isidro.

Cantando misa huertana en honor a San Isidro.

La peña L'Albarza en la puerta de la ermita de San Roque, tras la procesión.

Viaje a Plasencia (Extremadura)

Actuación en Plasencia.

Foto de grupo en Plasencia.

Comida de Navidad 2012

Leocadia Raez, nombrada socia de honor 2012.

Un momento de la comida de Navidad 2012.

Panorámica de la comida de Navidad 2012.

Muestra Infantil 2013

Nombramiento madrina infantil 2013, Isa Rodríguez, madrina 2012, entrega la banda a Gema Gómez.

Miguel Bermejo, presidente del grupo de coros y danzas La Purísima, entrega el ramo de flores a la madrina entrante y saliente.

Actuación grupo coros y danzas La Purísima de Fortuna.

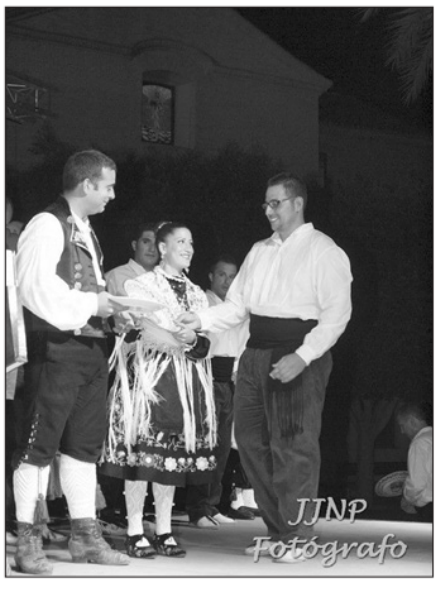
Actuación grupo Virgen de la Salud de Archena.

Actuación grupo infantil y juvenil Villa de Alhama de Alhama de Murcia.

Entrega de obsequio a Adela por su labor de presentadora en esta muestra infantil.

Miguel Bermejo, presidente del grupo de coros y danzas La Purísima de Fortuna, hace entrega de un ramo de flores a María Cutillas, monitora de baile del grupo infantil, por su esfuerzo y dedicación.

XXX Festival Internacional "Villa de Fortuna"



Intercambio de obsequios entre los grupos participantes.

Nombramiento madrina 2013 del grupo de coros y danzas La Purísima. Elena López, madrina 2012, entrega la banda a Loli Bernal, madrina 2013.

Miguel Bermejo (presidente) junto con Loli y Elena, madrina entrante y saliente.

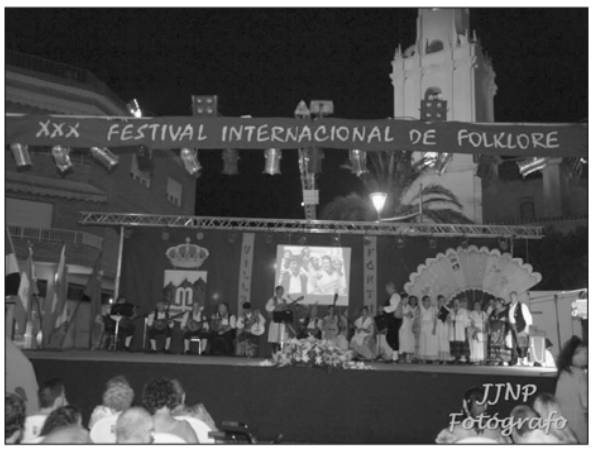
Grupo Danzarín de Trelew (Argentina).

Entrega de obsequios a los familiares de los Homenajeados.

Miguel, presidente del grupo de coros y danzas, entregando obsequio a Miguel Romero, concejal de cultura, por su labor de presentador en este 30 aniversario.

Grupo de coros y danzas La Purísima de Fortuna.

Grupo Chispa de Plasencia (Extremadura).



Decoración del escenario del 30 aniversario.

Miguel Bermejo, presidente del grupo de coros y danzas La Purísima, hace entrega de un ramo a Pepita Belda, monitora de baile del grupo titular, por su trabajo y dedicación.

MEMORIA PERDURABLE

Especial — *La Voz de Fortuna* — Diciembre de 2013

Aunque lejano, entusiasmado reencuentro

"Hay en mis venas gotas de sangre jacobina;
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno"

Siempre que me llegan a la mente estos versos autobiográficos de Antonio Machado, pienso que, cuando los compuso, el gran poeta sevillano repasaba la figura de Paco Sánchez Bautista. Ya sé que recurro a uno de esos artilugios mentales, que se prestan a transformarse en la ficción propia de esquizofrénicos, o en convicción literaria para ser defendida por una dosis de pedantería. Esto no impide que, en determinados momentos, desee echar por tierra las normas de la lógica, porque mi entrañable devoción por Paco desborda cualquier esquema natural.

No hay posibilidad de preguntar a don Antonio cómo llegó a plasmar en aquellos versos ese perfeccionismo, no solo lírico, sino tan auténtico y emocional. Tampoco es momento de pedirle —los tiempos no están para prodigalidades— su cesión del 'copyright', para aplicar su autodefinición a Paco Sánchez Bautista.

Eludo las licencias, como ignoro a qué nivel transita por las venas del amigo querido ese tipo de sangre, con color y olor a revolución pendiente; lo que sí sé es que cualquier síntoma exacerbado que llega a su corazón sufre una transformación radical, que lo convierte en un hálito de serena humanidad. De ella han brotado —como le sucediera a don Antonio— unos versos, sellados con vivencias que derraman aromas líricos, los más exquisitos que esta tierra murciana ha engendrado en muchos años.

Nuestro poeta jamás ha presumido ni de versos, ni de doctrina; si acaso, de haber sido cartero humilde, en un pueblo que, aunque lleve el nombre de Fortuna, también vive acostumbrado a la humildad de sus gentes y al vaho de unas aguas tibias, que los romanos ya idolatraban, como si en ellas trasegasen las más atrayentes sílfides celestiales. Y fue entre los silencios de su labor cuando de nuestro poeta brotaron aquellos poemas tan identificados con el paisaje, el ambiente y la problemática de una tierra, que pisaba a diario con un compenetrado amor.

Estamos ante un hombre, cuyos gestos más elementales son síntomas de una bondad, incapaz de mentir o traicionar. Es la absoluta sinceridad de lo auténtico, la incapacidad del desprecio, la acción constante del ser bueno, que colma nuestras ansiedades, incluso con la huella de una sonrisa picarona, que nos hace sentirnos más felices y cercanos. Paco es una persona que ha rehuido los parabienes, que jamás ha permitido que la soberbia de lo absurdo quiebre sus exigencias. Aún así, ha debido aceptar los argumentos de notables eruditos de la poesía de Machado, de Miguel Hernández o de Juan Ramón Jiménez, que también han encontrado en la obra de nuestro poeta una calidad inusual e intrínsecamente humana, y un pozo que ha derramado materia primorosa para estudios y tesinas, en las que se ha puesto de manifiesto la presencia del paisaje y del ambiente de Fortuna; sin olvidar, la evocación constante de un pueblo que siempre le ha acompañado en su memoria.

El poeta en la biblioteca de su casa.

Placa que da nombre a la calle dedicada al Poeta Francisco Sánchez Bautista (13.08.1991).

Quizá exista una deuda pendiente, que el paso del tiempo ha dejado envuelta en el silencio, más que en el olvido. Podría amortizarse con un abrazo popular, ya lejano, pero de entusiasmado reencuentro. No puede olvidarse que Paco Sánchez Bautista escribió:

Fortuna triste, para amar tus cosas
me he sepultado en tu dolor lejano.
Mi cantar para ti no sabrá a rosas;
pero sabe a un amor hondo y humano.

Es solo un ejemplo, porque en aquellos primeros libros de Paco Sánchez Bautista, quedaron reflejados, para nunca morir, tantas cosas como: "esta volcánica tierra", "el cielo limpio en el que se miran los campos", "el amor hondo y humano", "las costumbres puras y buenas", "los tenaces labradores", "la calle donde escribo y sufro", "el triste otoño", "la esbelta palmera mediterránea", "el magnolio vegetal"… Un poema constante en homenaje a un pueblo.

Pedro Soler

VIAJE A LAS *TIERRAS DE SOL Y DE ANGUSTIA* DE FORTUNA Y ABANILLA

SOBRE LA TIERRA CALCINADA

Recuerdo que fue el 5 de junio del año 1952 cuando esta tierra que hoy me dispongo a contar la descubrí y la canté en toda su desolada belleza. Por eso, yo invito a los escépticos, a los incrédulos absolutos, a los bien nutridos de este mundo, a los pobres de sensibilidad, a los frívolos integrales y a todos aquellos, en fin, que creen que la poesía miente por considerarla un vano ejercicio de entretenimiento; les invito, digo, a darse una vuelta por la hermosa, pero pobre serranía de Fortuna, por estas tierras de sol y de angustia, por este agobiante secarral que, junto con el de Abanilla, es de lo más erosionado que región alguna pueda ofrecer al visitante.

Le serviría como una cura de humanidad y solidaridad con sus semejantes conocer los caseríos de Caprés, La Garapacha, Las Casicas, Las Peñas de la Zafra (la de Arriba y la de Abajo); o la Sierra de Lúgar, que mirada desde lejos parece una gigantesca brasa; o los llanos caldeados y exhaustos del Ajauque; o la Sierra de Los Baños, rugosa y esteparia, como un inmenso mastodonte fosilizado; o Rambla Salada, que se resuelve en un poco de agua amarga y densa de sal entre ciénagas y peñascales.

Pues bien, sobre este gredoso y tórrido paisaje se halla enclavado Fortuna, el pueblo que motivó alguno de mis mejores poemas. Por mi profesión como empleado de Correos, conviví diariamente con sus gentes y, de este humano entendimiento, llegué a conocer el alma fortunera, a veces un tanto triste y, a veces, también un tanto irónica y apercibida, porque la vida, bregada y azarosa, así se lo ha enseñado con creces. Quienes no conozcan este pueblo y sus diseminadas pedanías, creerán que exagero al pintar su alucinante paisaje, sus hombres y sus costumbres.

Hace cuarenta años que este cronista, desviándose de la carretera general de Valencia a Murcia, cogiendo el empalme de Fortuna, junto a la Venta de Augusto, que da principio a la carretera de Murcia a Pinoso hasta llegar a Yecla, se adentró en estas descarnadas tierras donde un viento cierzo cruza la Sierra de la Pila arrasando cualquier indicio de nube prometedora de lluvias y convirtiendo el matorral en un breñal agresivo. El sol es casi todo el año como un ascua devastadora y el cielo asusta de tan azul. La claridad que acompaña a estas tierras no tiene igual de tan hermosa, pero el medio creado por ausencias de humedad no puede ser más sobrecogedor y patético.

Necesariamente, quienes han nacido y vivido en esta árida geografía, en este espacio polvoriento, en esta naturaleza hostil, en este hábitat inhóspito, han de tener el espíritu esforzado y el alma viajera, de curtidos emigrantes, poseedores de esa envidiable virtud y capacidad de aguante, serenamente estoica, sin sentirse jamás extraños ni aturdidos en otros climas ni entre otras gentes.

Venía yo de mi hortelana tierra de Llano de Brujas, y, por eso, mi asombro se iba haciendo mayor cuando una vez traspasado el Cuello de la Tinaja,

Cuello de la Tinaja,
caí por tu sima verde
y azul y rosada…,

Dejaba a la derecha Cobatillas y los pequeños montes de Las Peñicas, y por la estrecha carretera de grava y zahorra apisonadas, escoltada por dos hileras de pinos, me fui introduciendo en un erial.

Pasada la Rambla de las Crucetas, poco a poco fui dejando el Coto de los Cuadros a la izquierda, para salir junto a las tapias de la casa que hubo de forestales donde hoy se encuentra la presa del Embalse de Santomera. La antigua carretera se halla ahora cubierta por las aguas y apenas si quedan indicios de ella, como tampoco de la antigua casa del Relevo de los Caballos ni de la Posada de la Flora, cuyas tapias y corrales daban a una sequiza rambla plagada de baladres y retamas hoy cubiertas por el pantano. Un pino solitario alzaba su codiciada sombra junto a la carretera en cuesta antes de llegar a la casa de los peones camineros que enseñaba la bóveda de cal de un aljibe junto a la cuneta erizada de cardos borriqueros. Entonces, la carretera, alborotada por un viento rasante y arremolinado, era una inmensa polvareda. De esta experimentada vivencia salió aquel poema de mi primer libro:

Una nube polvorienta
se levanta. He penetrado
en la tierra cenicienta
del campo seco y quebrado.

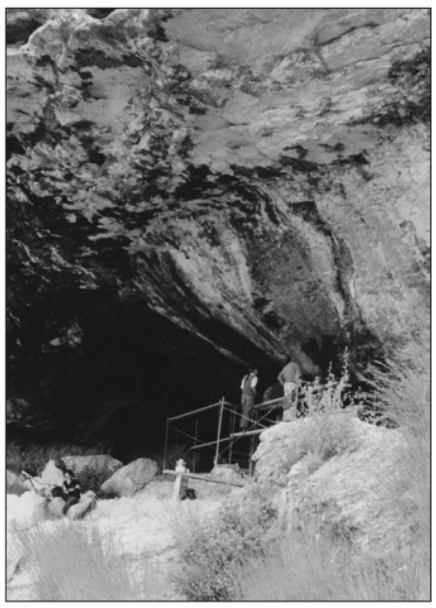
Montes de greda, chumberas
orillando los ramblizos,
albardines, baladreras
y pastizales sequizos.

Olivos atormentados
bajo el sol. Cardos ariscos
e hinojeras. Los ganados
pastando bajo los riscos.

Las pitas, a doble hilera,
enseñan su punta en lanza
bordeando la carretera.
Atardece en lontananza…

Hoy, todo ese lugar, en aras del progreso, ha mejorado como de la noche al día, que diría un futurista, pues ya no es aquella estrecha y solitaria carretera bordeada de pinos, donde acudían los zorzales y las tórtolas sin temor a ser espantados por la civilización. Los caminos que se desvían hacia Rambla Salada, que en otro tiempo tuvo modestos hospedajes y baños medicinales, al igual que los de Los Ásperos y La Matanza, también están asfaltados. Y unas bien cuidadas fincas plantadas de naranjos, limoneros y otras especies de frutales han venido a enriquecer el paupérrimo paisaje que fue en otro tiempo.

El lugar de Los Periquitos, que este cronista lo conoció con una pequeña casa sobre un altozano rodeada de chumberas y bojas, es hoy un hermoso lugar de esparcimiento. Igualmente aquellos caminos y quebradas que se dirigían al poniente perdidos entre bolagas, retamas, albardines y matorral, hasta llevarnos a tierras de La Alcayna, también se han poblado en parte de modernas casas con sus parcelas de recreo. Hoy, los cazadores y otras gentes amigas de los campos solitarios han perdido un lugar silvestre y relajante.



Rambla Salada cruza estas tierras que aún guardan y enseñan su adustez, quedando a un margen las viejas salinas, ruinosas y abandonadas, que tanta fama dieron a Fortuna. Balsas donde se evaporaba el agua para enseñar sus blanquísimos granos de sal, son ahora lecho salitroso donde crecen tarayes, mastranzos, escobillas y alguna palmera enana. Las aguas discurren muy mermadas entre unos pequeños acantilados que las encauzan. Allí, entre las lajas, cuervos y cucalas viven, hacen sus nidos y se reproducen. No hay higuera, ni olivo, ni viñedo, ni frutal que no conozcan y arrasen estos voraces y hambrientos córvidos. Otras veces comían alguna res muerta. Pero ahora, ¿dónde están los pastores y sus lentos y amodorrados hatos? El cielo se llena de famélicos graznidos de estos bandos de espesos carroñeros.

Pasados Los Periquitos y Los Buitragos, bajando la cuesta, a mano derecha, queda la Venta de Bartolico el Manco. Ahora está transformada en casa particular, pero yo llegué a conocerla en sus últimos tiempos, cuando todavía albergaba arrieros y caminantes y vinateros que bajaban de Yecla, Jumilla y Pinoso, con sus carros cargados de lustrosos pellejos de vino y aceite. A veces se desviaban a la derecha y entraban a comprar sal en las viejas salinas, hoy desaparecidas.

La Venta de Bartolico el Manco era el último hospedaje o posada que había antes de llegar a Fortuna viniendo de Murcia. Era muy utilizada por cabreros que venían a comprar ramuja por estos campos del Ajauque. Por allí empieza el llano del Ajauque, hay atravesado por el canal del trasvase Tajo- Segura. Nada ha mejorado en estas tierras de cereal y olivo con la llegada de esta agua, sino que ha dividido el paisaje y el término de Fortuna en dos, quedando algunos estrechos pasos sobre el canal, pero rompiendo una abundante y práctica red de sendas y caminitos que comunicaban a las pedanías de las tierras bajas de la comarca con Fortuna, capital del municipio.

Ahora no se siembra en el Ajauque, pero yo he visto este llano produciendo las mejores cosechas de trigo y cebada de esta comarca. Además de trigo y cebada, también producía aceite y almendra. Toda esta producción está prácticamente abandonada.

Dejamos atrás estas tierras donde se subastaba el pasto a pastores trashumantes que venían de Teruel y otras frías tierras castellanas. Aquí pasaban el invierno y la primavera con sus grandes hatos de ganado lanar. Siguiendo la carretera, a la izquierda queda el desvío hacia Los Valientes, El Fenazar, Comala (¿no os suena este pueblo a otro mejicano?), La Hurona, Campotéjar, pedanías estas de Molina de Segura, mientras nos acercamos a Fortuna. A la orilla de la carretera hay una pequeña industria de áridos que da trabajo a varias familias y de la que se dice que también está en crisis, por lo que hay temor a que sea cerrada. Y campo y más campo a un lado y otro de la carretera. Tierra gredosa. Matojos y cardos pinchosos. Sembrados ralos y sequizos sin alcanzar su sazón por falta de lluvia.

De pronto, la carretera, saliendo de entre dos colinas, se enfila hacia Fortuna, con la iglesia y unas palmeras en primer plano. La Rambla del Cantalar, a la izquierda, baja rozando las tapias del cementerio, pulcramente encaladas, y, un poco más abajo, a la derecha, el canal del Taibilla, en dirección a la Fuentecica, cruza la rambla y gira hacia Abanilla. Fortuna, villa desde 1628, ha crecido amplia y bellamente a un lado y otro de la carretera de Pinoso a Murcia. Entonces, recuerdo que hace ya muchos años, escribí sobre este paisaje y estos hombres entrañables, laboriosos y austeros, con los que he compartido sus esperanzas. Decía así:

Sobre la tierra el sol hace su agosto
que es de luz el paisaje de Fortuna.
se dora el trigo, se condensa el mosto,
se amorata hacia el otoño la aceituna.

La pita pone su aguijón de fuego
y la higuera su sombra enardecida.
Sueña la tierra un legendario riego
que la nutra en frescor y en ancha vida.

¿Quién que vea esta tierra no ha de amarla
definitivamente en su hermosura?
Yo aprendí con amor a caminarla
y a descifrar su viva contextura.

Sobre esta tierra laboral, un día
mi corazón cantaba atribulado
bajo un sol de justicia que ponía
el paisaje agresivo y desolado.

Hermosa tierra, para amar tus cosas
me he sepultado en tu dolor lejano
y he soñado en acequias caudalosas
para tu sed, para tu anhelo humano.

Y si el paisaje es así, casi estepario, de una tierra erosionada, desasistida, no por eso hace que los hombres de estas tierras pierdan sus esperanzas ni les gane la fatalidad, pues su encomiable capacidad creadora, su imaginativo ingenio, siempre les ha hecho salir de su postración y de tantas situaciones críticas como han sufrido en su avatar histórico. Sí, este siempre fue un espacio polvoriento donde el agua era y es, por las escasas lluvias, muerte en el aljibe y muerte en la fuente, donde no hubo más riego que el que proporcionaba aquella hila que venía enfriándose desde Los Baños en su minúsculo cauce, donde no pocas veces, y al menor descuido, se dispersaba, se perdía en la agrietada regadera sin cumplir su misión vitalizadora de llegar al raquítico almendro, al retorcido olivo o al asisconado forraje. Tierra de buenas cañadas allí donde el agua reposa y se mantiene la humedad que proporciona la escasa lluvia. Pero, igualmente, arcillosa y estéril, donde el albardín, la pita y el baladre arraigan dando una angustiosa visión del conjunto paisajístico, porque ese generoso y esperado milagro, que es la abundante y deseada lluvia, muy raras veces se produce.

Está visto, y nos duele saberlo, que este pueblo no cae dentro de un área de equilibrio pluviométrico, alterando el clima. Tampoco son muchos los pueblos de nuestra Región que gozan de este equilibrio (visiten Albudeite, Campos del Río y las altas tierras de Lorca), ni en general los del Sureste mediterráneo. Lejos queda el pino y lejos, también, el limonero y el río. Y al no gozar de esta humedad atrayente y bienhechora, la tierra es plomiza y grises los arbustos, mientras que al agua le sobran aljibes. En el cielo limpio se miran los campos y se ve el rostro pelado. Volcánica tierra, tierra de cigarras de sol y de cielo borrachas. Así, que

A este paisaje recio, el hombre arranca
su mermada cosecha, día a día.
Se lucha contra el cardo en la barranca;
bajo el sol quema el hombre su energía.

Y no cede en su lucha. El hombre afana
mientras pone en el cielo su esperanza.
¿No tendrán estos hombres su mañana,
su verdadera bienaventuranza?

Porque hoy se van, porque mañana vienen
después de haber probado mil destinos.
Quedarse aquí quisieran, pero tienen
que volver nuevamente a los caminos.

Tierra de emigrantes es esta. No ya en España, sino en cualquier lugar del mundo es fácil tropezarse con un fortunero. Te venderán honradamente yerbas medicinales y, laboriosamente, te harán el más esmerado trabajo agrícola. Hace treinta años todavía se trabajaba aquí el esparto. Ahora hay algunas industrias y las canteras de mármol. Otros son funcionarios; algunos ejercen profesiones liberales, y los más alternan sus economías con los productos de sus tierras y los jornales que sacan como trabajadores eventuales de la agricultura. Saben anhelar y ganar la peseta estos hombres del páramo.

Este viajero apasionado y cronista de afición no quiere abandonar el pueblo sin antes recordar que

En la ruta hacia Yecla está la villa
luminosa y azul, como encantada.
Aquí la soledad sembró semilla
y floreció la paz como si nada.

Se quema el tiempo aquí en la inmensa pira
de esta paz secular, cual si tal cosa.
Un día nos trae otro, y todo gira
con lentitud profunda y perezosa.

Con la flor de la cal, cuánta blancura
tan generosamente derramada.
Con cuidado y amor creó hermosura
una anónima mano enamorada.

Y quedó cada esquina, cada casa,
con un blancor extraño, alucinante.
La estética es un don que nos rebasa
en el ámbito puro de Levante.

El aire es una daga ágil, punzosa,
y lo azul y lo blanco reverbera
inmensamente al sol como una rosa
que agostada de luz se deshiciera.

Ahora la periferia del pueblo de Fortuna la forman barrios nuevos y bien construidos, pero si el viajero tiene la feliz idea de internarse por las luminosas calles de su casco antiguo, se llevará una muy grata sorpresa al contemplar todavía no pocas fachadas blanqueadas con una leve tonalidad de azulete, mezcla hecha para amortiguar durante el verano la alucinante y abrasadora luz del sol atomizándose contra las paredes. Yo he visto a hombres y mujeres adecentar afanosamente las fachadas de sus casas con un cuidado y esmero dignos del orfebre más exigente. Son unos consumados estetas, unos artífices de lo sutil, porque la cal nunca podrá emplearse con más exquisito primor ni recibirá mejor elogio, ya que

La humilde cal propaga su blancura
intensísimamente, abrasadora.
Una mano tenaz, trabajadora,
disimula la vieja escarpadura.

Y así hermosea de solemne y pura
la fachada más pobre, y se decora
con la pasta más leve y tentadora
que maneja la grave arquitectura.

Celebremos la fiesta esteticista,
la habilidosa mano trajinanta
y a estos viejos primores siempre lista.
El andamio a las tejas se levanta
y parece quien pule un trapecista
que equilibradamente encala y canta.

El viajero y cronista de esta ruta atraviesa la calle con la que fue horado en esta villa, hasta llegar nuevamente a la carretera de Pinoso. A la izquierda queda la carretera que viene de Archena a Fortuna; a la derecha vamos dejando las antiguas posadas de Paco Pagán y La Pajera. Después se gira a la izquierda y se toma la carretera de Las Peñas, dejando a la derecha la pequeña ermita de san Antón, santo muy venerado en Fortuna. A unos cinco kilómetros se halla el famoso Cortao de las Peñas, donde los terremotos partieron el monte dejando ver la geología más descarnada e impresionante de bloques volcánicos que en tiempos remotos vomitó la entraña de la tierra. Antes de abandonar este lugar de asombro, aun saca el cronista fuerzas para encaramarse al Pico de la Golondrina. A la espalda queda la carretera y sus bifurcaciones de caminitos rurales que llevan a las pedanías serranas de La Rauda, Fuente Blanca, Peña de la Zafra, Los Carrillos, y, ya en los límites con Jumilla, el Peralejo y Fuente la Higuera. Todos estos caseríos, en las estribaciones de la Sierra de la Pila, se hallan hoy día prácticamente deshabitados. Mirando al frente, y siempre desde lo alto del Pico de la Golondrina, se ve el pueblo de Fortuna entre una confusión de tierra gris, salpicada a trechos por unos pequeños rodales de huerta arrancada últimamente al secano. Más lejos, se vislumbra la Sierra de Orihuela, y en los días azules y claros se averigua como un espejismo en el horizonte el espumoso Mare Nostrum. Desde este lugar privilegiado, la amplia visión de un campo abierto no puede ser más grandiosa y emocionante.

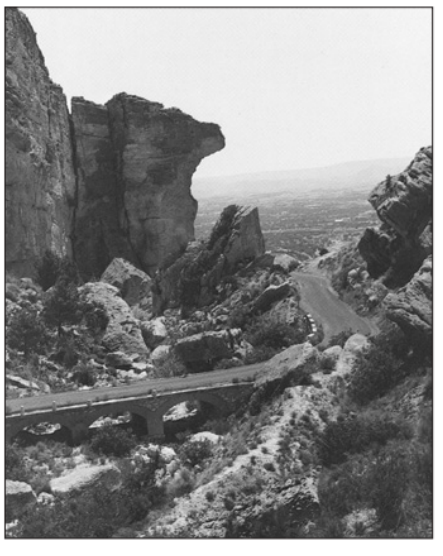
Vuelve este cronista sobre sus pasos y coge el camino que ha de llevarlo a Caprés. En medio de una estrecha garganta, entre la Sierra del Baño y las estribaciones de la Sierra de la Pila, se halla Caprés (el de Arriba, de Enmedio y de Abajo). Apenas si quedan ya casas habitadas de las pocas que había desperdigadas por esta lomas y terraplenes. Tampoco asoman ya las muchas chimeneas que emergían de las cuevas en tiempos donde esta gente vivía como trogloditas. Se ha caído la ermita donde se veraneaba y festejaba la Virgen a mediados de agosto. De 480 habitantes que había en la década de los cincuenta, apenas si quedan unos 70. Niños no se ven por estos alrededores. La gente joven se ha instalado en Fortuna o ha buscado trabajo en tierras más prósperas. Solo en días muy señalados del año acuden a la querencia del lugar nativo. Muchos de ellos ya no recuerdan sus raíces; otros las han perdido para siempre; y los que aquí quedaron empiezan a sentirse extraños, unos desterrados y olvidados en vida de su propia tierra:

Nos desplazó el rigor de este paisaje
a un desamparo dolorido y largo…
Duro y amargo es el exilio, amargo,
cuando es incierto y acuciante el viaje.

Desanclamos la vida, el ensamblaje
de emociones —arcádico letargo—
que nos unió a esta tierra; y, sin embargo,
se nos grabó en la piel como un tatuaje.

Añoramos la salvia y el tomillo,
La humilde mejorana —cómo olía—
El romero, el cantueso, el agracillo.

Y el pájaro perdiz que cada día
nos despertaba en celo. Y el cuclillo
que cantaba tan pronto anochecía.



Pregunto por Jesús Herrero, el peatón que repartía las cartas a estos vecinos, y una de las pocas mujeres que por aquí quedan me dice que se fue a vivir con un hijo. Y entonces recuerdo su casa, que era una cueva bellamente adecentada, y el vino, denso y estimulante, y las almendras, y las jareras, y las olivas aliñadas con que me obsequiaba cada vez que lo visitaba.

Mientras que la memoria me lleva a recordar el mítico bandolero absolutista Jaime Alfonso, el Barbudo, que sembró de leyendas y desafueros estas menesterosas y bravas serranías, voy dejando atrás vagua-

das, pequeños rodales de viñedos y alguna que otra higuera achaparrada y mustia, la estrecha carretera vecinal me devuelve nuevamente a la carretera de Pinoso. Doblo a la derecha, sobre el viejo y estrecho puente de piedra sobre un seco ramblizo y pronto me encuentro en los Baños de Fortuna. Este balneario es de lo más señorial que se ha visto en estas latitudes. Su historia se remonta a los romanos. Tiene un suntuoso casino de finales del pasado siglo, tres hoteles y otras tantas hospederías y una hermosa piscina climatizada. Se halla enclavado en la falda de la sierra de su nombre. En este secarral de greda polvorienta, compartido en parte con Abanilla, la mano, la imaginación y el buen gusto de sus propietarios han hecho brotar un oasis acogedor. Algunos campings y las casas de comidas lo rodean, y, volviendo hacia Fortuna, en lo que hace todavía escasamente treinta años no era otra cosa que un escarpado montículo entre la Bocamina y la Cuesta de Galupo, es ahora una laboriosa colonia de súbditos alemanes.

Hemos hecho un recorrido por el paisaje de Fortuna no todo lo detallista que hubiera querido este cronista de la sed y el éxodo, pero sí lo bastante puntual para poder aproximarse a una tierra entrañable que, con Abanilla, su hermana paralela, es de lo más erosionada y alucinante de nuestra Región.

Y como no podemos ni debemos abandonar esta comarca sin completar una visión de conjunto, prosigamos por la carretera de Pinoso a Yecla hasta la Cañada del Trigo.

Pasamos la Cuesta Colorá. A la izquierda va quedando la Sierra del Carche con sus atochales; a la derecha desvío hacia Mahoya, lugar sagrado de los abanilleros por celebrarse en este lugar la romería de la Santa Cruz y Vera. Cantaelgallo, tierra lunar y de una claridad alucinante, donde es proverbial que a sus alrededores acudan los cuervos en busca de alguna raquítica higuera donde llenar el buche:

Cantacuervos,
Cantaelgallo,
el sol llega
mañaneando
entre olivos
y barrancos.

Caminante
de estos páramos
donde el agua
niega el claro
son alegre
de su salmo.

No solamente es que el agua niegue el alegre y claro son de su salmo, sino que las aguas de sus vecinos Pozos de Quibas, tan apuradas como explotadas, han hecho que su salinidad haya convertido en un saladar irrecuperable aquellas tierras.

Siente este cronista deseo y curiosidad por entrar en Barinas, pueblo famoso por sus antiguas labores de esparto y su encendida controversia y antagonismo con Abanilla, del que depende como pedanía. Recorre uno las estrechas calles del núcleo antiguo del pueblo con su caja de ahorros y su iglesia; calles algunas sin salida, cerradas por unos primorosos huertos de frutales y hortalizas. Es una población bella y solitaria.

De nuevo, ya en la carretera de Pinoso a Murcia, van quedando atrás pedanías como Macisvenda, Fuente del Algarrobo, Casas del Puerto y, en el desvío hacia tierras alicantinas, Cañada de la Leña, Cantón, La Algueña. Pero estas son ya tierras que no entran en nuestra ruta literaria. Por eso, el cronista vuelve a poner nuevamente sus ojos en las gredosas tierras de Campules, El Salao, Ricabacica y otros caseríos casi abandonados y desertizados en la carretera que nos devolverá a Abanilla, la otra villa que, como Fortuna, es cabeza del municipio.

Lo mires por donde lo mires, este pueblo parece salido del Atlas africano. Hay pelunchones de piteras sedientas y agresivas a la entrada y algunos huertos de naranjos, que contrastan con tanta aridez, suavizan la perspectiva. Se ve el esfuerzo humano por hacer de este erial un jardín. Todavía se conservan alguno de los antiguos edificios como el Ayuntamiento (ahora en reparación) y la iglesia parroquial, que invitan a visitarlos. Sus calles, al contrario que las de Fortuna, son extensas y empinadas y extendidas sobre la falda del monte donde el monumento al Corazón de Jesús domina todo el pueblo. Este cronista, picado por la curiosidad, deambula por sus calles. De pronto halla una llamada El Emigrante. Y pregunto: "Pero ¿todavía hay emigrantes en Abanilla?" "Los hay y los habrá —me contesta un grupo de jubilados—, pues aquí apenas si nos queda agricultura, pues las saladas y amargas aguas de Quibas han convertido parte de nuestros campos en un saladar, ni industria del capacho ni otros textiles del esparto que en otro tiempo ocuparon a muchos trabajadores. Sobre todo a las mujeres que tenían una rara habilidad para trenzar plaita. Así que mucha, pero que mucha emigración".

El viajero, autor de esta ruta, después de pulsar los ánimos de los vecinos de este pueblo fronterizo con tierras de Alicante, sale por la carretera que lo llevará a Santomera. A la altura del puente sobre el mermado río Chícamo, aprendiz de barranco, detiene sus pasos y vuelve a contemplar tan impresionante pueblo. Sobre este río, agónico y difuso, ya en el 2004, escribí el siguiente romance:

I

Río Chícamo, pequeño
río que cruza Abanilla
entre jarales, retamas
y un lecho de duras guijas
entre erosionadas gredas
por donde el agua camina
gorgoteante, deliciosa,
lenta, transparente y limpia,
escoltada de olivares
y rodales de hortalizas
y empenachadas palmeras
haciéndole de vigías.

II

El agua baja filtrada
desde el Cantón y Barinas,
y el Chícamo la recoge
con necesaria avaricia
acumulando arroyuelos
y aprovechando avenidas
entre apretados oasis
de árboles que fructifican
albarillos, tapalahojas
peras, dátiles, fresquillas;
lo vegetal hecho azúcar
al sol puro de Abanilla.

III

Cómo alegras nuestros ojos
río de presencia mínima,
alivio de secarrales
cuando la sed los hostiga.
Por ti se hacen más hermosas
estas vegas escondidas
entre gredosos barrancos
que hablan de geologías
hechas ramblas, pedregales
y leves escorrentías,
que a través del tiempo han hecho
perenne germen de vida.

IV

Río Chícamo, pequeño
de nombre y de gracia esquiva,
aquel que a tu lado pasa
y en tus márgenes medita,
asombrado se pregunta:
¿Dónde tú entraña nutricia,
río casi arroyo, charco
de agua emergente, o sumida
entre oscuros minerales
que con tu paso haces rica
y jubilosa la tierra
con sus dulces aguas mínimas?

V

Hijo de los manantiales
y de las fuentes exiguas;
oriundo de envenamientos
y aprendiz de fontanillas.
Por tu gracia tiene el ave
breñal donde nidifica
y un refugio de humedales
donde la esquiva limícola
y el pioverde, y el mirlo,
y el laudino y la zurita,
vienen a beber sus aguas
cuando abrasa la canícula.

VI

¡Río Chícamo, tú llevas
en tu pequeñez la vida!

Palmeras, tarayes, baladres, carrizales, producto de una débil humedad se alzan alrededor de este histórico pueblo, al que, por este raro encanto, es conocido como "la Palestina de Murcia". Mientras miro y remiro, casi embelesado, un ruidoso bando de voraces tordos desciende sobre los palmerales.

Fue la visión de estos campos, personal y apasionada, la que me inspiró muchos de mis poemas encerrados en títulos como Tierras de sol y de angustia, Voz y latido, Cartas y testimonios y La sed y el éxodo. De este último libro es el soneto aquel que clama:

Sobre este secarral se alzó la vida
rabiosamente gris, desesperada.
Imagen torturante de la nada,
dolorida visión, campo suicida.

Agresiva es la luz de tan cernida
e inhóspita la tierra erosionada.
¿Dónde el hombre y su atávica mirada
escrutando esta muerte indefinida?

La triste realidad lo ha desbordado
y se duele el tiempo padecido
y se siente indefenso y marginado.

Aquí surgió un clamor desasistido,
y se sintió pequeño y agobiado
quien levantó su casa en este egido.

Los hombres de estos pueblos, por su tesón y ánimo de supervivencia, han mejorado mucho. No así las tierras, cuya sed es proverbial. Lo único que sí ha mejorado han sido las carreteras y muchos caminos vecinales, pues si antes eran de grava y zahorra apisonada, ahora son de asfalto, por donde en vez de caminantes y labriegos sobre borricos morunos es la civilización del vértigo la que va sobre ruedas.

Estas son las reflexiones que se viene haciendo este cronista en su viaje a las tierras del secano de Murcia, mientras poco a poco va dejando atrás los canales del Taibilla y el trasvase Tajo-Segura, las pedanías de La Jaira y Campo de la Matanza y la Finca del Reloj, ganadas para el regadío, hasta llegar a Santomera, limonar de Europa, según puede leerse en grandes letras rotuladas. De nuevo, la carretera general de Valencia a Murcia y el recuerdo imborrable de estas tierras calcinadas.

Francisco Sánchez Bautista

(Del libro *Asklepios o la añorada infancia de Miguel Espinosa. Otras prosas y artículos de opinión*. Real Academia de Alfonso X el Sabio. Murcia 2007).